

El territorio de las desigualdades de género y clase

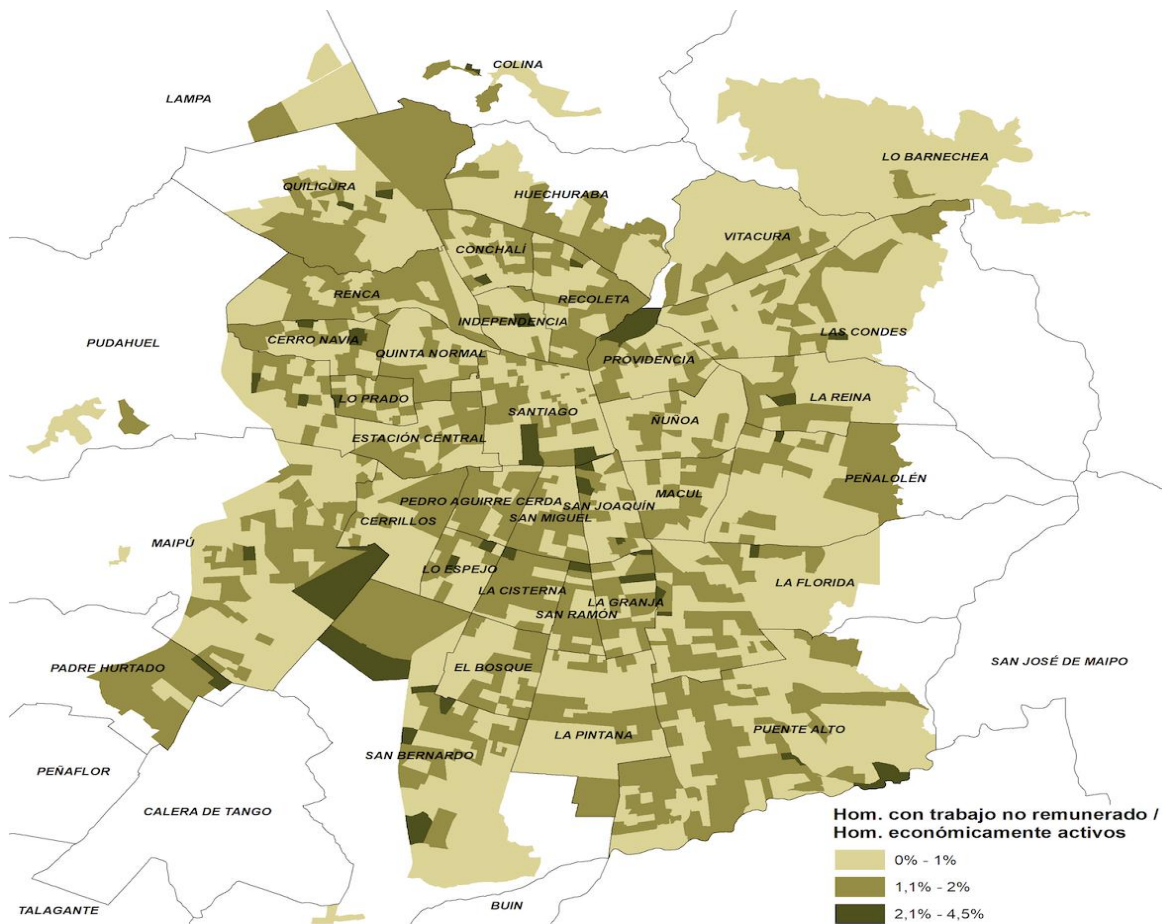
En una ciudad altamente segregada como Santiago, la desigualdad socioeconómica tiene una clara e innegable expresión territorial, concentrándose las clases altas preferentemente en la parte nororiente de la ciudad y los sectores vulnerables en la zona sur poniente. Pero también las desigualdades de género tienen expresión territorial. El hecho de que hombres y mujeres estén distribuidos por igual en toda la ciudad permite ver precisamente como distintas variables se manifiestan en el territorio evidenciando este aspecto poco reconocido de las desigualdades debidas al género.

Este estudio, que pone rostro espacial y comunal a la intersección entre desigualdad de género y clase, se realiza en el marco del Proyecto Fondecyt Regular 1191490, asentado en la Escuela de Sociología de la Universidad Andrés Bello, en colaboración con el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES). Mauro Basaure es el investigador responsable del proyecto quien desarrolló este breve estudio con Pía Palacios (Geógrafas de Chile). Maya Zilveti (PNUD), Evelyn Larenas (MinMujeryEG) son también co-investigadoras, junto a Pedro Güell (UAH/Uach). Otros miembros del equipo son Camilo Vera (Usach), Daniel Valencia (UNAB) y Andrés Díaz (UNAB).

Tomando datos del último censo (2017) se puede obtener una imagen actualizada de cómo se relaciona la desigualdad de género con la desigualdad social y económica y cómo ellas se expresan en las diferencias en los territorios que se habitan. El estudio muestra el carácter dramático de esta intersección para el caso de la ciudad de Santiago.

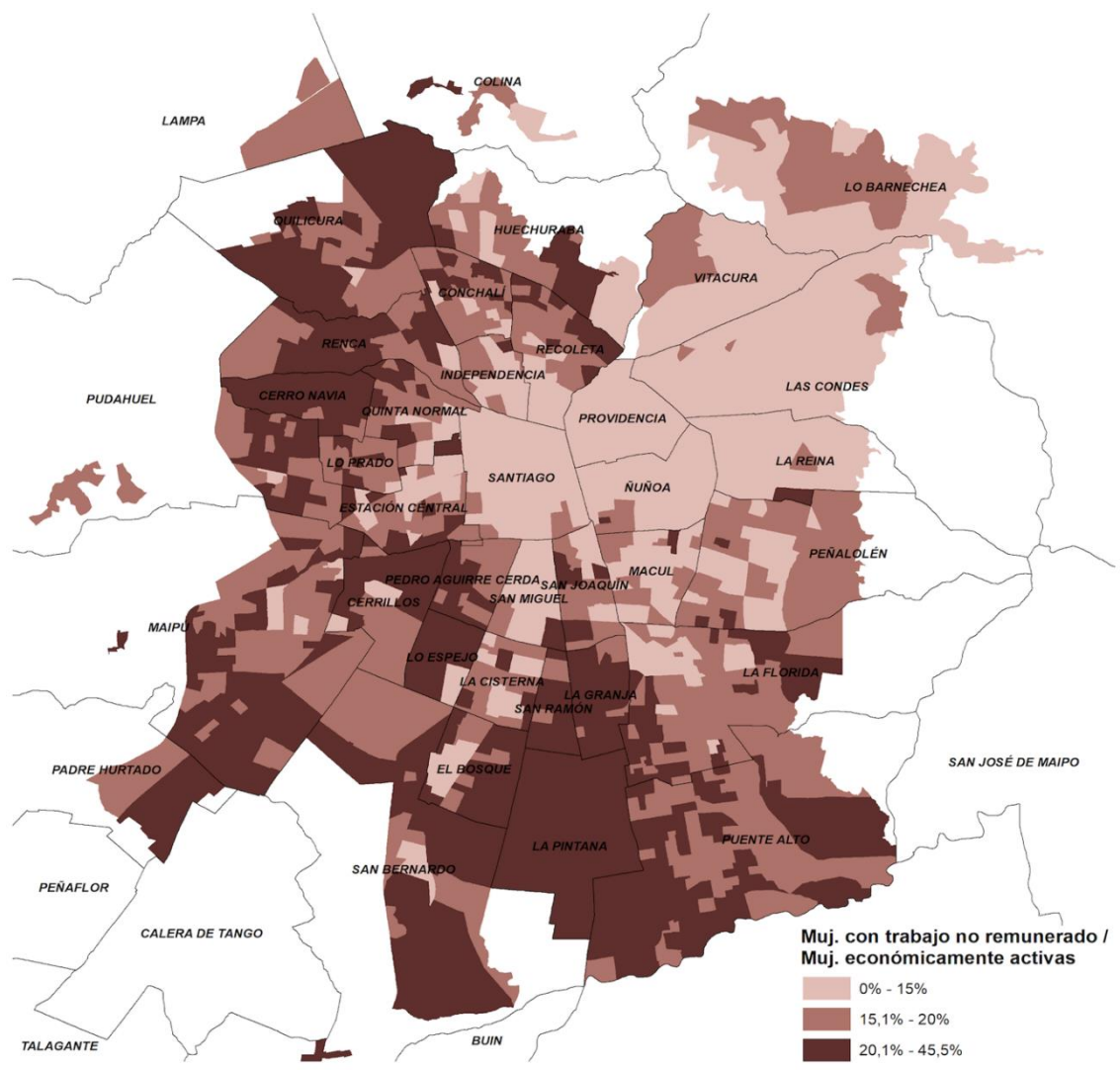
El trabajo no remunerado es una de las tantas variables que está desigualmente distribuida en relación con el género: las mujeres son quienes más realizan ese tipo de trabajo¹, consistente en labores domésticas y de cuidado de otros. Nos preguntamos ahora cómo se expresa esa desigualdad en el territorio, considerando a la población económicamente activa. Es decir, aquella a la que los trabajos no remunerados le significan una doble o triple jornada, y por ello una condición de pobreza de tiempo. Tomemos para partir el caso de los hombres.

¹ Para estimar las personas con trabajo no remunerado se seleccionaron, desde el Censo de 2017, las personas en edad económicamente activa (entre 15 y 64 años) y en la división del trabajo a aquellas personas que trabajaron sin remuneración para un familiar y quienes trabajaron en quehaceres de su hogar. No se incluye trabajo voluntario. Para el análisis, se separó por sexo.



En cada uno de los territorios locales, el porcentaje de aquellos hombres que realizan trabajo no remunerado no supera el 4,5% respecto a la población masculina económicamente activa. Y, como lo muestra este mapa, el trabajo masculino no remunerado se distribuye de forma relativamente equitativa en el territorio.

Compárese ahora ese mapa con uno que considera solo a mujeres.



Hay diez veces más mujeres que hacen trabajo no remunerado que hombres. Esta diferencia no se debe solo al género, sino también a las diferencias socioeconómicas, y ambas se refuerzan. En una ciudad altamente segregada como Santiago, esa desigualdad socioeconómica y de género tiene una expresión muy nítida en el territorio.

Hay territorios locales en el Gran Santiago en donde el 45% de las mujeres económicamente activas hacen trabajo no remunerado. Y es precisamente en los territorios con niveles socioeconómicos más bajos donde la tendencia se ve aún profundizada en desmedro de las mujeres. Es el caso de La Pintana, Cerro Navia y Renca.

Y es que, aunque la brecha de género sea transversal a las clases, no da lo mismo a qué clase se pertenezca: El trabajo no remunerado recae fuertemente sobre las mujeres de clases bajas. Así se puede evidenciar también a partir de las Encuestas de Uso del Tiempo (ENUT) en Chile. La posibilidad de externalizar (remunerar) el trabajo doméstico y de cuidado (tener apoyo de una

trabajadora de casa particular) explica en parte esta brecha de género y social. También lo puede hacer la existencia de formas social y culturalmente distintas de distribuir el trabajo doméstico y de cuidado entre hombres y mujeres. Y ellas suelen estar asociadas a las diferencias en el nivel educacional, que en Chile no solo explica buena parte de las desigualdades socioeconómicas, sino también en parte las diferencias en las relaciones de género.

Hay una base material muy cierta en los movimientos sociales que buscan justicia social, territorial y el movimiento de las mujeres. La intersección de las desigualdades de género, de clase, con las distribuciones territoriales es un fenómeno que debe ser estudiado con mayor atención. Ello con mayor razón después de haber tomamos conciencia de que la forma de construir ciudad y la aplicación de políticas adecuadas a la realidad de cada comuna puede ser una fuente no solo de equidad de género, sino también de cohesión social.